

Y luego, levantándose y abrochándose el abrigo hasta el cuello, añadió:

—Buenas noches, amigo Windigate.

Salimos á la calle. Un viento frío y sutil corría por las calles desiertas.

—Vamos en busca de Breckiuiridge. Ya vais viendo, querido Watson, que no es tan inocente como parecía este asunto al principio, puesto que pueden resultar de él siete años de trabajos forzados si no logramos probar la inculpabilidad de John Horner. También es posible que de todas estas averiguaciones resulte que ese es el verdadero criminal, pero siquiera se le condenará con pruebas fehacientes.

Atravesamos Holborn, luego seguimos por un número de callejuelas á todo lo largo de Endell-Street y, por último, llegamos al mercado de Covent-Garden. Uno de los kioscos más próximos á la puerta llevaba el nombre de Breckiuiridge, y el propietario, de rostro inteligente, con grandes patillas, lo cerraba en aquel momento ayudado de un muchacho. Holmes se acercó apresuradamente, y dijo:

—¡Buenas noches! ¿Habéis visto que frío más horrible?

El vendedor asintió con la cabeza mirando de reojo á mi compañero.

—¿Qué, no os queda ningún pato ya?—continuó Holmes señalando el mostrador de mármol completamente limpio.

—Si queréis, mañana os puedo proporcionar quinientos.

—No; no es eso lo que quiero.

—Entonces, si lo queréis ahora mismo podéis ir á aquella tienda; allí, donde brilla aquella luz.

—No; me han recomendado especialmente vuestra tienda como la mejor de todas.

—¿Quién?

—El tabernero del Alfa.

—¡Ah, sí! Le proporcioné más de dos docenas de patos.

—Eran unas piezas hermosas. ¿De dónde las habéis sacado?

Con gran asombro mío, el comerciante se encolezó al oír esta última pregunta.

—Vamos, caballero—dijo torciendo la cabeza hacia un lado y apoyando las manos en las caderas,—¿á dónde váis á parar?

—Pues sencillamente, á que deseo saber quién os ha vendido esas dos docenas de patos.

—Bueno, pues no me da la gana decíroslo.

—Bien, bien; lo mismo da. ¿Pero por qué os irritáis por una cosa de tan poca importancia?

—Cualquiera no se irrita cuando lo molestan tanto como á mí. Creo que á todo el mundo le debía tener sin cuidado lo que yo hago, toda vez que no robo á nadie y que pago en dinero contante y sonante lo que compro. Pues no, señor. «¿De dónde son esos patos? ¿Quién os ha vendido esos patos? ¿Quién os ha comprado esos patos?»... ¡Y así todo el día! ¡Como si no hubiera más patos en el mundo que los míos!

—Bueno, bueno; no os incomodéis, que yo no tengo nada que ver con toda esa gente tan preguntona. Se trataba de una apuesta. Yo sostenía, apostando cinco francos, que aquellos patos eran silvestres.

—Pues habéis perdido—contestó mal humorado el vendedor—porque se han criado aquí, en la ciudad.

—No lo creo.

Breckiuridge se encogió de hombros y no contestó.

—Nada, que no me convencéis.

—Pero, hombre, ¿váis á saber más que yo que estoy vendiendo patos desde que era niño? Los patos que vendí al tabernero ese estaban criados aquí, en la ciudad.

—No, señor.

—¿Cuánto os apostáis?

—Os voy á robar, puesto que tengo completa seguridad de lo que digo; pero, en fin, apuesto una libra, aunque no sea más que para enseñaros á no ser testarudo.

El vendedor sonrió irónicamente.

—Traedme los libros, Bill,—dijo—dirigiéndose al muchacho.

El dependiente trajo los dos libros: el uno era pequeño y delgado; el otro muy voluminoso y lomo grisiento. Breckiuridge los puso sobre el mostrador debajo de la luz.

—Bueno, señor obstinado, voy á convencerlos in-

mediatamente de que tengo razón. ¿Véis este librito?

—Sí.

—Aquí tengo la lista de los que me venden los volátiles. ¿Estáis? Aquí, en esta página, apunto los nombres de los proveedores campesinos, y á continuación el número de orden de las páginas del otro libro grande. En la página de al lado y con lápiz rojo, apunto los nombres de los proveedores de aquí. ¿Estáis? Bueno, ahora fijáos en el tercer nombre y leedlo en alta voz.

Holmes obedeció.

—«Mistress Oakshott, Brixton-Road, núm. 117—249.»

—Perfectamente. Ahora vamos con el otro libro. Holmes abrió por la página indicada.

—Aquí está: «Mistress Oakshott, Brixton-Road, núm. 117, pollería y huevería.»

—¿Cuál es la última compra?

—«22 de Diciembre. Veinticuatro patos á siete chelines y cuatro peniques.»

—Muy bien, ¿y qué dice debajo?

—«Vendidos á M. Windigate, á 12 chelines.»

—¿Qué decís ahora?

Holmes parecía estar profundamente disgustado. Sacó una libra del bolsillo y arrojándola sobre el mostrador, echó á andar con el aspecto de un hombre sobrado furioso para decir una sola palabra. Sin embargo, algunos metros más lejos se detuvo junto á un farol y empezó á reír con todas sus fuerzas.

—Siempre que encontréis, querido Watson—dijo

en cuanto le dejó hablar la risa—un hombre con grandes patillas y un pañuelo de hierbas en el bolsillo, tened la seguridad de que podéis conseguir de él todo lo que queráis por medio de una apuesta. Creo firmemente que, aunque le hubiera ofrecido á ese vendedor cien libras, no me hubiese dado señas tan completas como dejándole creer que ganaba una apuesta. Ya véis, amigo Watson, que esto marcha como una seda. El único punto que debemos discutir, es si vamos ahora mismo á casa de Mistress Oakshott, ó lo dejamos para mañana; porque yo quisiera averiguar quiénes han interrogado además de nosotros, á ese individuo que...

Un gran escándalo procedente de la tienda que acabábamos de dejar lo interrumpió. Nos volvimos rápidamente y vimos á Breckiuridge en la puerta, mostrando enfurecido los puños á un hombre bajito y sobre cuyo rostro de garduña caían las livideces de la lámpara colgada encima del mostrador.

—¡Ya estoy cansado de vos y de los patos!—gritaba Breckiuridge.—¡Id al diablo! Y como volváis otra vez, os suelto el perro. ¡Pues, hombre! ¡No faltaba más! Mandadme, mandadme á la señora Oakshott, y veréis lo que la contesto... Y en último caso, ¿os he comprado los patos á vos?

—No; pero entre ellos había uno que era mío—gimió el hombrecillo.

—Bueno, pues pedídselo á mistress Oakshott.

—Me ha dicho que lo tenáis vos...

—Bueno, pues pedídselo al rey de Prusia, que no

tengo ganas de jaleo. ¡Largo, largo de aquí!... ¿Habéis oído? ¡He dicho que largo!

Y se adelantó furioso contra su interlocutor que desapareció en la obscuridad.

—¡Hola! ¡Hola!—murmuró Holmes.—Me parece que esto nos ahorra una visita á Brixton-Road. Seguidme y vamos á ver lo que hace ese individuo...

Abriéndose camino á codazos entre los curiosos, mi compañero se acercó al hombrecillo y le puso la mano en la espalda. Este giró rápidamente sobre sí mismo y observé que se había puesto lívido.

—¿Qué queréis?—preguntó con voz temblorosa.

—Dispensadme—dijo dulcemente Holmes.—He oído las preguntas que hacíais á ese vendedor y me he acercado porque yo puedo contestaros á algunas de ellas.

—¡Vos! ¿Y quién sois vos para saber de lo que se trata?

—Me llamo Sherlock Holmes y os debe tener sin cuidado cómo he llegado á saber lo que ignoran otros.

—Bueno, pero no sabréis nada de lo que á mí me interesa.

—Perdonad, lo sé todo. Buscáis el paradero de dos docenas de patos vendidos por mistress Oakshott, de Brixton-Road, á un revendedor llamado Breckiuridge, y que éste, á su vez, las vendió á un tal Windigate, tabernero, quien los compró para venderlas á una sociedad, de la cual forma parte M. Enrique Baker.

—Entonces—exclamó el hombrecillo agitando febrilmente las manos—vos sois precisamente el hombre á quien busco.

Holmes hizo seña de que se detuviera á un coche que pasaba en aquel momento por delante de nosotros. Después, volviéndose hacia su interlocutor, dijo:

—En ese caso me parece mucho mejor que hablemos en una habitación cerrada que aquí, en medio de la calle y azotados por la ventisca. Pero antes de ir más lejos os ruego que me digáis con quién tengo el gusto de hablar.

El hombre dudó un momento; luego, desviando la mirada, contestó:

—Me llamo John Robinson.

—No, no;—observó atentamente Holmes.—Vuestro verdadero nombre. Siempre es molesto tratar con una persona que oculta algo.

La sangre afluía al pálido rostro del hombrecillo.

—Tenéis razón. Seamos francos. Mi nombre verdadero es Jacobo Ryder.

—Justo; mayordomo del Hotel Cosmopolitano. Ahora entrad en el carruaje y os diré todo lo que deseáis saber.

El hombrecillo permanecía inmóvil en medio del arroyo, paseando miradas atónitas de uno á otro, con el aspecto de una persona que ignora si está próximo á un éxito ó á una catástrofe. Por fin se decidió á subir al carruaje, y al cabo de media hora estábamos los tres en el saloncito de Baker Street.

Durante el camino no pronunciamos una sola palabra, pero la respiración entrecortada de nuestro compañero y el continuo retorcer y frotar de manos demostraban la violenta tensión de sus nervios.

—¡Ea, ya hemos llegado!—dijo alegremente Holmes al entrar en la habitación.—Sentáos aquí, en este sillón de mimbre, cerca del fuego, porque debéis estar helado á juzgar por la cara, amigo Ryder. Con vuestro permiso voy á ponerme las zapatillas. ¡Ajaja! Estoy á vuestra disposición. Queríais saber el paradero de los patos, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—O, mejor dicho, de uno de ellos. Me parece que el que os interesa es uno blanco con una mancha negra sobre el pico, ¿verdad?

Ryder temblaba de emoción.

—¡Oh! caballero—dijo levantándose rápidamente,—¿podéis decirme que ha sido de él?

—Está aquí.

—¿Aquí?

—Sí; era una de las piezas más notables que he visto en mi vida y no me extraña que os interese tanto. Después de muerta ha puesto un huevo azul maravilloso, sorprendente, y que ahora forma parte de mi museo de curiosidades.

Ryder se tambaleó, y á no agarrarse en el mármol de la chimenea hubiera caído al suelo.

Holmes abrió su caja de caudales y sacó el carbunclo, que centelleó en la mano de mi amigo con el brillo de sus mil facetas.

24000

Ryder permanecía de pie, inmóvil, con el rostro contraído, dudando entre reclamar ó no la piedra preciosa.

—Vaya; basta de comedias—dijo Holmes tranquilamente.—Sentáos, Ryder, ó si no vais á caer de cabeza en la chimenea. Ayudadle, Watson, pues por lo visto no está aún bastante corrompido para cometer los crímenes sin alterarse. Dadle un poco de aguardiente para que se reanime. Bien. Ahora ya está un poco mejor.

En efecto; nuestro héroe parecía sufrir cruelmente, y gracias á unos sorbos de aguardiente volvió el color á sus mejillas y pudo sentarse. Sus ojos miraban, estúpidos y azorados, á Holmes.

—Aunque ya no tengo duda alguna respecto de este asunto y lo conozco con todos sus detalles, sería conveniente, Ryder, que contestárais á algunas preguntas que voy á haceros. ¿Conocíais la existencia de este carbunclo?

—Catalina Cusack fué la primera que me habló de él—contestó el mayordomo con voz ronca.

—Sí; ya sé quién es: la doncella de la condesa de Morcar. Al conocer el valor de esta piedra, sentisteis el malsano deseo de enriqueceros con un solo golpe, y lo hubiérais conseguido á no intervenir en el asunto la casualidad y unas personas mucho más listas que vos. Hay que confesar que no sois muy escrupuloso, que hay en vos madera de bandido. Sabedor de que el fumista Horner estuvo comprometido en un hecho semejante y que eso le perjudica-

rá siempre, estropeásteis, Catalina y vos, cualquier cosa en el tocador de la condesa y os arreglásteis de modo que se llamara para componerla al citado Horner. Luego, cuando se marchó éste, abristeis el joyero, robásteis el carbunclo y empezásteis á dar voces; y supisteis hacerlo con tanta habilidad que detuvieron al fumista como autor del robo. Luego...

Ryder se dejó caer de rodillas al suelo, y, abrazándose á las piernas de Holmes, exclamó:

—¡Tened compasión de mí, por el amor de Dios! ¡Pensad en mis padres, á quienes mataría el conocimiento de esta falta mía! Yo os juro que no lo haré más. Lo juro por la Biblia... No me denunciéis, os lo suplico, os lo pido en nombre del cielo... Perdonadme...

—Levantáos—dijo severamente Holmes.—¿No os da vergüenza humillaros de ese modo, arrastrándoos como un perro después de no haber tenido compasión de ese pobre Horner que está en lugar vuestro en el banquillo de los acusados?...

—¡Yo huiré de Londres, Sr. Holmes! No se volverá á saber de mí... y entonces la acusación contra Horner caerá por su propio peso.

—Bueno, bueno, ya hablaremos de eso. Ahora vais á decirme la verdad, toda la verdad, porque únicamente de ese modo tal vez podáis salvaros.

Ryder se puso en pie, y, pasando la lengua por los labios secos y ardorosos, dijo:

—Sí; voy á deciros la verdad, Sr. Holmes.

Hizo una pausa; luego, llevándose la mano á la

frente para limpiarse el sudor que resbalaba de ella, continuó:

—Cuando detuvieron á Horner, lo primero que se me ocurrió fué hacer desaparecer el carbunco, temeroso de un registro en mi habitación ó en mi mismo, y comprendiendo que en el hotel sería muy peligroso ocultarlo pretexté un recado urgente y me fuí á casa de mi hermana. Esta se casó con un tal Oakshott, y vive en Brixton-Road de la venta de aves á los revendedores de los mercados. Durante el trayecto, se me figuraba que no veía más que policías, y á pesar de la frialdad de la noche, llevaba la frente llena de sudor. Cuando llegué á la tienda, mi hermana me preguntó por qué estaba tan pálido, y yo la dije que venía emocionado por un robo que habían cometido en el hotel. Luego fuí al patio situado detrás de la casa, y, fingiendo mucha tranquilidad, encendí una pipa y dime á buscar un sitio propicio para ocultar mi tesoro.

Entonces me acordé de un tal Maudsley, que había sido amigo mío, y que habiendo tenido un mal pensamiento, estuvo en la cárcel de Pentonerlle. Cierta vez que lo encontré, estuvimos hablando de los recursos y de las estratagemas que emplean los ladrones para desembarazarse de lo robado y de todo lo que puede comprometerlos. Seguro de que podría confiar en él, puesto que conocía bastantes secretos suyos, decidí ir á verlo y que me dijera el medio de transformar en dinero el carbunco. Pero, ¿cómo llegar sin peligro hasta su casa? ¿Había de

arriesgarme nuevamente con la piedra en el bolsillo y expuesto á ser detenido cuando menos lo pensara? Indeciso acerca del partido que debía tomar, permanecía apoyado en la pared, mirando distraídamente los patos que graznaban y jugueteaban delante de mí, cuando se me ocurrió una idea salvadora, capaz de desorientar al policía más listo del mundo.

Mi hermana me había dicho hacía algunas semanas que podía escoger para el día de Navidad el pato que más me gustara entre los suyos. Conociendo lo esclava que de sus palabras es mi hermana, decidí coger el pato prometido, hacerle tragar el carbunco y de este modo ir tranquilamente hasta Hilburn, donde vive mi amigo Muadsley. Escogí el más grueso de los volátiles, todo blanco, con una mancha negra en el pico, y fuí con él á un cobertizo que hay en el fondo del patio. Una vez allí, le abrí el pico y le introduje el carbunco todo lo más dentro que pude. El animal se agitó furiosamente y observé que la piedra descendía hasta el buche; luego empezó á mover las alas y á graznar, y mi hermana acudió asustada. Yo volví la cabeza hacia ella, y sin saber cómo, se me escapó el pato de entre las manos y se confundió con los demás.

—¿Qué le hacías, Jacobo?

—¿No me habías prometido un pato para el día de Navidad? Estaba viendo cuál era el más gordo de todos.

—¡Bah! Ya tenemos apartado el tuyo. Lo llama-

mos el pato de Jacobo. Hay veintiséis: uno para ti, otro para nosotros y dos docenas para el mercado,

—Gracias, Magya; pero si te da lo mismo, yo prefiero ese que tenía hace un momento.

—El otro pesa tres libras más; lo hemos cebado para ti.

—No importa, prefiero el que te digo.

—Como quieras—contestó mi hermana riéndose.—¿Cuál era?

—Ese blanco con una mancha negra en el pico.

—Bueno, cógelo y llévatelo.

—No me hice de rogar, y con el pato bajo el brazo, fui á casa de mi amigo. Cuando conté lo que había sucedido, se echó á reír con toda su alma. Luego cogimos un cuchillo y abrimos el pato. La sangre se me heló en las venas al no ver señal alguna del carbunclo. Había cometido una lamentable equivocación.

Volví apresuradamente á casa de mi hermana y corrí al patinillo. ¡Ya no había más que un pato!

—¿Dónde están los demás, Magya?

—Los he vendido.

—¿A quién?

—A Breckiuiridge, en Covent Garden.

—¿No había uno con la cola cortada?

—Me parece que sí. No recuerdo bien.

—Salí disparado en busca de Breckiuiridge, pero éste había vendido ya las dos docenas y no me quiso decir á quién. Ya presenciásteis el modo de contestarme; pues todas las veces me recibió de igual

modo. Mi hermana cree que me he vuelto loco. Yo también lo he temido muchas veces. ¡Y ahora heme aquí hecho un ladrón sin haber gozado siquiera de la fortuna á la cual he sacrificado mi honor!...

Y estallando en sollozos, dejó caer la cabeza entre las manos.

Hubo un largo silencio, interrumpido únicamente por los gemidos de Ryder y el tamborileo de los dedos de Holmes sobre la mesa. Al cabo de un rato, mi amigo se levantó, y abriendo la puerta, dijo:

—Salid.

—¿Qué? ¿Habláis en serio? ¡Dios os lo pague!...

—Ni una palabra. Salid.

Un salto, una carrerilla, un portazo y unos pasos precipitados en la calle. Luego reinó el silencio.

—Después de todo—dijo Holmes recogiendo su pipa y encendiéndola—yo no estoy á sueldo para remediar las equivocaciones de la policía. Si Horner estuviera en peligro ya sería otra cosa; pero en vista de que Ryder no se presentará en contra suya, será puesto en libertad inmediatamente. Aun suponiendo que favoreciese un criminal, tal vez salve un alma. Me parece que ese hombre ha pasado bastante miedo para que vuelva á cometer ningún otro robo. En cambio, si fuera condenado, se acostumbraría al crimen y llegaría á ser peligroso con el tiempo. Además, hoy me encuentro dispuesto á ser benigno. La satisfacción de haber resuelto un problema tan complicado me hace ver que no siempre conviene ser riguroso con los delincuentes.